

El sentido cristiano del sufrimiento¹

Mag. José Gabriel Palacios Quiroz

Instituto Francisco Xavier Alegre, Universidad Anáhuac

Las siguientes páginas pretenden mostrar de manera breve algunas ideas tomadas de diferentes autores cristianos sobre el misterio del mal y del sufrimiento, para comprenderlo hasta donde sea posible, pues la respuesta plena sólo la tiene el Creador del universo, que en su Providencia Divina ha previsto en la creación y en la historia de la salvación los medios necesarios para llevarla a cabo compaginando la voluntad divina con la libertad humana. Aun así, Dios al crearnos a su imagen y semejanza nos da la inteligencia para conocerlo, y nos brinda su ayuda mediante la revelación para acceder a verdades que están por encima de nuestras capacidades. Esto es lo que, sin ánimo de soberbia, han hecho los teólogos y pensadores cristianos de todas las épocas.

El misterio del mal

Hay múltiples explicaciones y reflexiones sobre por qué existe el mal y el sufrimiento. La razón humana puede entender tanto el sentido de justicia y el deber de pagar por las propias faltas cometidas, como el hecho de que la acción imprudente del hombre que desafía las leyes naturales produce consecuencias naturales, o también que la maldad de algunos que en un acto libre y egoísta deciden infligir daños a otros, siempre quedan algunos interrogantes: ¿y los inocentes por qué sufren?, ¿por qué Dios que todo lo sabe, no evitó este o aquel mal?, o incluso ¿por qué permite Dios que nazcan personas si sabe del mal que harán en el mundo y que se condenarán? Y en definitiva, la pregunta que subyace en el fondo de las anteriores es: si Dios existe, ¿por qué permite el mal?

Que el mal existe es una realidad evidente para todos, pero comprender por qué existe ya no es tan evidente; de hecho, es una inquietud constante en todas las épocas que no encuentra una respuesta plenamente satisfactoria, porque siempre hay algo que escapa de nuestra comprensión. Es por eso que podemos hablar del “misterio del mal”:

Misterio es lo que no puede ser conocido en su totalidad, porque se trata de una realidad que supera la capacidad humana. Esto es lo que sucede en este caso: es imposible que el ser humano llegue a comprender perfectamente por qué le suceden cosas malas (Ramos y Zubiría 2010: 3).

Cabe preguntarse, por tanto, ¿qué es el mal? Se entiende por mal la privación de un bien debido, aquello que por su naturaleza le corresponde a un ser y no lo tiene o lo ha

¹ Este texto es una adaptación del Trabajo Final de la Diplomatura en Antropología Cristiana, certificado otorgado por la Escuela de Humanidades de la Universidad FASTA (2016).

perdido; así una enfermedad es la privación de la salud y una injusticia es la privación de la justicia, pues es no dar a cada quien lo que le corresponde.

Existen básicamente dos tipos de mal: el mal físico y el mal moral: “El mal que se da en el orden físico es quizá el que más padecemos: una enfermedad, la muerte, la debilidad [...] Este mal que se da en el orden de la naturaleza tiene su explicación última por la imperfección que se da en orden del ser.” (Ramos y Zubiría 2010: 7). Y el mal moral se da “cuando esa privación se realiza en la conducta humana” (8), es decir, la unidad substancial cuerpo y alma, que es el hombre, sufre los efectos del mal en ambas dimensiones.

Dios y el origen del mal

Aunque la respuesta inmediata está en la definición de mal como “ausencia de un bien debido” y, por tanto, que el mal no es un “ser creado” sino la carencia de un bien, aun así quedan muchas interrogantes, que abordaremos a lo largo de estas páginas: ¿qué tiene que ver Dios con el origen del mal?, ¿por qué Dios no suprime el mal en el mundo? Si es así, ¿por qué lo creó si es infinitamente bueno? Más adelante, conviene abordar otras cuestiones: ¿es que a Dios no le importa nuestro sufrimiento?, ¿por qué lo permite? Y, finalmente: ¿qué finalidad tienen el dolor y el sufrimiento? y ¿cómo afrontarlos de manera cristiana?

Hacer a Dios causante del mal en ocasiones, además de un craso error, es también una gran injusticia, porque muchos males y sufrimientos físicos y morales tienen un origen no querido por Él; más aún, se producen en contra de su voluntad, de forma que, en ocasiones, provoca la indignación divina y el castigo de quienes lo causan (Fernández 1999: 101).

Palabras fuertes, sobre todo en la última línea, pero no por ello menos verdaderas, porque si bien no es Dios el causante del mal (sería incompatible con su infinita Bondad), sí es compatible con su infinita justicia el castigar –corregir, permitir expiar y sancionar– a quien de manera deliberada hace el mal.

Pero ¿por qué se afirma que Dios no es el causante del mal? Ramos y Zubiría lo explican de la siguiente forma:

El mundo no es malo, y no puede serlo porque es un efecto de la Causa divina que es absolutamente buena. El origen del mal en él tiene una explicación que excede a la filosofía y parte de la Revelación: el pecado original; esa desobediencia de los primeros hombres (Adán y Eva) introduce al desorden (falta) en el interior del hombre y en las relaciones de éste con el mundo y con sus semejantes (8).

Pero si es el hombre, a través del pecado, el que introduce el mal en el mundo, ¿por qué es capaz de ello?

Dios, siendo la Bondad Absoluta, es Causa de todo cuanto existe, pero no es causa del mal existente. De la imperfección de la Creación, se sigue la posibilidad de que exista el desorden en el hombre que quiere vivir sin Dios (que es el orgullo del pecado original, la tentación de ser como Dios); de este modo, se origina el mal en el mundo (8).

Es difícil entender por qué Dios no creó un mundo mejor, libre del mal. La respuesta nos la da el Catecismo de la Iglesia Católica con Santo Tomás:

En su poder infinito, Dios podría siempre crear algo mejor (cfr. Sto. Tomás de A. S. Th. I, 25,6). Sin embargo, en su sabiduría y bondad ilimitadas, Dios quiso libremente crear un mundo “en estado de vía” hacia su perfección última. Este devenir trae consigo en el designio de Dios, junto con la aparición de ciertos seres, la desaparición de otros; junto con lo más perfecto lo menos perfecto; junto con las construcciones de la naturaleza también las destrucciones. Por tanto, con el bien físico existe también el mal físico, mientras en la creación no haya alcanzado su perfección (cfr. Sto. Tomás de A., S. Gent., 3, 71) (n. 310).

Por tanto, Dios crea al mundo en “estado de vía”, quizá podríamos decir que lo crea perfectible, o si se prefiere con la potencialidad de llegar a su plenitud y con la intención de que el hombre participe en ese proceso. De este modo, el mundo no es malo, pero en cierto momento de la historia, el mal entró en el mundo con la intervención del hombre. Y al igual que con el mal, podemos afirmar que Dios no hizo el dolor y que no era parte de su plan para el mundo, sino que es una consecuencia del pecado (*Gn* 3, 17-19).

... sea cual fuere la interpretación exegética de los primeros capítulos del Génesis, llenos de metáforas y alegorías, una cosa aparece del todo clara y transparente: la absoluta falta de responsabilidad por parte de Dios ante el problema del dolor y de la muerte. El único responsable, el único culpable es el hombre pecador. El hombre, y sólo él, es quien introdujo en el mundo el dolor y la muerte, que de ningún modo entraban en los planes de Dios con relación al género humano. Cabe, sin embargo, preguntar por qué Dios permitió semejante descalabro, ya que sin la divina permisión nada absolutamente puede ocurrir en este mundo. Precisamente en esta permisión divina radica actualmente la parte de misterio que envuelve y seguirá envolviendo siempre el problema del dolor mientras vivamos en este mundo (Royo Marín 2010: 16).

El demonio como agente del mal

Pero el mal en el mundo no es sólo producto de la imperfección humana que se equivoca al elegir, o que deslumbrado por bienes aparentes o menores se deja seducir y renuncia al Bien. No hay que olvidar que uno de los factores del mal es el demonio; de acuerdo con la tradición bíblica, muchos males tienen su origen en él y otros lo tienen de manera indirecta, mediante la influencia que ejerce en los hombres:

...en la Biblia, no pocos males tienen en él su origen. El paradigma del sufrimiento humano en el AT es el caso de Job. Pues bien, todos los males que sufre este hombre doliente, tal como se consigna expresamente al inicio del libro, fueron provocados por el demonio (*Jb* 1, 6-12). Pero no se trata solamente de males producidos directamente por el “príncipe de este mundo” (*Jn* 12,31), sino que tampoco se debe menospreciar la influencia diabólica que ejerce sobre los hombres incitándolos al mal. En efecto, hay conductas personales y hechos históricos que parece que no tienen otro origen que la influencia del “demonio”, de “satán” o del “diablo”, que todos esos nombres recibe en la Biblia. (Fernández 1999: 114)

En grandes sectores de la cultura actual, se tiende a negar la existencia del demonio y su influencia en hombre y en el mundo y se trata de verlo no como un ser personal, sino como un símbolo del mal cuyas causas desconocemos:

Los datos bíblicos sobre su existencia y su acción son muy numerosos. Sólo en el NT se le cita en 511 textos, de forma que, como escribe L. Mondin: “No se puede eliminar de la Escritura la existencia del demonio como ser personal sin alterar el mensaje cristiano en su misma esencia”. Y el Papa Pablo VI, ante la opinión de algunos autores

que negaban la existencia personal del demonio, enseñó: “Se sale del marco de la enseñanza bíblica y eclesiástica el que se niega a reconocerla (la terrible, misteriosa y temible realidad del demonio) como existente, o bien el que la convierte en un principio asentado en sí mismo que no tiene como las demás criaturas su origen en Dios; o bien el que la explica como una pseudo-realidad, como una personificación conceptual y fantástica de las causas desconocidas de nuestras desventuras.” (Discurso, 15.XI.1972). (Fernández 114).

La libertad humana como una de las causas del mal en el mundo

Cuando el ser humano hace el mal a sí mismo o a otro, para ser digno de ser amado por su Creador debe transformarse, nos dice Lewis (2010): “¿por qué los hombres necesitamos cambiar tanto? La respuesta cristiana afirma que la causa de esa transformación está en que el hombre pone su libre voluntad al servicio del mal” (61). Lewis continúa afirmando que ese proceso de transformación se ha dificultado en los últimos años debido a que se ha perdido el sentido del pecado, reduciendo la maldad a la crueldad y la bondad a la benevolencia, con lo que la conciencia se acalla con las prácticas filantrópicas descuidando otras virtudes y pecados. Además el psicoanálisis ha influido en la opinión pública haciendo ver como nocivo el sentimiento de vergüenza y la represión de los impulsos y deseos desordenados (como la cobardía, la lujuria, la falsedad y la envidia), bajo el pretexto de que son completamente naturales (62-63).

Pero no sólo es el adormecimiento de la conciencia de unos, sino también la maldad de otros que, de manera libre, han dejado entrar en su corazón y en su mente las inspiraciones del maligno. Así lo explica Lewis:

Cuando las almas se vuelven malvadas y crueles usan esa posibilidad para infligirse daños unas a otras. Ello explica quizá las cuatro quintas partes del sufrimiento de los seres humanos. Han sido los hombres, no Dios, quienes han inventado los potros de tortura, los látigos, las cárceles, la esclavitud, los cañones, las bayonetas y las bombas. La avaricia y la estupidez humanas, no la mezquindad de la naturaleza, son las causas de la pobreza y del trabajo agotador (93)

El dolor y el sufrimiento

Por ser a la vez seres corporales y espirituales, los seres humanos son capaces de experimentar dolor físico, psicológico y espiritual. Por ello, y para distinguirlo, se emplea el término “dolor”, cuando se hace referencia al cuerpo, y “sufrimiento” para referirse al alma:

Aunque se suelen emplear indistintamente, los términos dolor y sufrimiento no son sinónimos. El dolor hace referencia al orden de lo somático, de lo fisiológico: se define como “sensación desagradable producida por la acción de estímulos de carácter perjudicial”; esos estímulos pueden proceder del exterior u originarse en el propio organismo. Este dolor tiene en sí mismo una función terapéutica ya que, por un lado, facilita la reacción física y psíquica del hombre para atacar el mal que le aqueja y por otro, estimula la función curativa de la medicina. Este tipo de dolor es muy controlable por la medicina, aunque con algunas excepciones (Monge y León 2001: 17).

Dolor y sufrimiento son dos consecuencias del mal, sin embargo se pueden sacar bienes de males: “El dolor, por tanto, en sí no es algo bueno, porque deriva del mal, pero puede ser transformado en un valor importante, si se le encauza adecuadamente, es

decir, si se le proporciona un sentido o se descubre que puede tenerlo” (Ugarte 1020: 76-77).

El misterio del sufrimiento

Una concreción del misterio del mal es el misterio del sufrimiento, y al igual que aquél, rebasa nuestra comprensión, aunque permite acercarnos lo suficiente para aceptarlo y afrontarlo de manera adecuada mediante la aceptación, la expiación, el testimonio y la oblación.

Pero la verdad es que frente al dolor de los inocentes, y ante el dolor en general, la razón humana se pierde, buscando argumentos que satisfagan. Todos son frágiles y, en última instancia, ninguno satisface. Tampoco la fe cristiana da “razones”, sino que remite a Cristo en la Cruz [...] Una reflexión teológica debe admitir que no existe una respuesta definitiva. Existen, sí, muchos intentos de explicar el sufrimiento aunque estos esfuerzos desembocan siempre en nuevos interrogantes [...] También resulta claro que la vivencia religiosa o el sentido de la trascendencia ayuda mucho a sobrellevar el dolor; por el contrario, si se prescinde de Dios, el dolor resulta absurdo (Monge 1997: 12-13).

Pregunta sin respuesta: ¿por qué a mí?

Es la pregunta que nos acompaña siempre cuando el dolor o la muerte llaman a alguna puerta cercana y no entendemos su significado.

Es la pregunta sin respuesta con la que hay que aprender a convivir. Es la pregunta de fondo que origina numerosas reacciones, algunas de las cuales de rabia y agresividad dirigida hacia afuera (¡es injusto!), o hacia uno mismo mediante la autculpabilización (Bermejo 1999: 71-72).

Sin embargo, la madurez del cristiano lleva a replantearse la pregunta: “¿por qué a mí?” No es posible encontrar una respuesta plena en esta vida, porque es parte del misterio y del proyecto divino que veremos con claridad en el Cielo. Es por eso que sólo cabe la aceptación y un cambio de pregunta –así se afirma en tanatología–: en vez de “por qué” es necesario preguntarse “¿para qué me puede servir este sufrimiento?” y “¿qué debo aprender de él y cómo puedo aprovecharlo?”

Lo anterior significa que el sufrimiento y la muerte, que, en principio, son consecuencias del pecado, pueden ser transformados en bienes, o como dice San Juan Pablo II (2001): el sufrimiento es materia prima de redención.

Aun así, a imitación de Cristo, médico de cuerpo y almas, conviene aliviar el dolor y el sufrimiento cuando es posible:

una señal de que la fe cristiana no defiende el dolor como un mal irremediable es la obligación que incumbe a los creyentes –como a todos los hombres- de combatirlo en la medida en que está en sus manos hacerlo. Primero, no ocasionando dolores inútiles o perjudiciales para sí o para la sociedad. Segundo, combatiendo aquellos males que pueden ser eliminados (el dolor físico se quita tomando un analgésico). Tercero, urgiendo la obligación de luchar por erradicar todos los males injustos que se dan en la convivencia con el fin de hacer más humana y cristiana la vida del hombre sobre la tierra. Además, el sufrimiento vivido por un cristiano tiene la garantía de que no es un pulso con las fuerzas de la naturaleza, sino que, cuando sufre, Dios sale al encuentro del hombre y hace sentir la verdad de que “su yugo es suave y su carga ligera” (Mt 11, 29).

La historia de la espiritualidad cristiana confirma que quien sufre recibe una ayuda especial de Dios. Sólo así se explica que los místicos y, en general, los santos afirmen que “la verdadera alegría está en la Cruz”. Hay un gozo especial en la aceptación cristiana del dolor: no es un masoquismo in-humano, sino un amor sobre-humano (Fernández 1999: 112-113).

Sobre el misterio del dolor y sufrimiento del inocente:

El sufrimiento de quien hace mal es comprensible; el de quien ha hecho mal y expía sus culpas, también. Pero el sufrimiento del inocente, del niño, del enfermo o del anciano, del que sufre sin haber dado motivo, o más aún de quien ha sido bueno y virtuoso repugna a la inteligencia: “aparece como una pieza que no encaja, como algo desconcertante e incomprensible dentro del orden del universo” (Vilar y Planas 138-139). Esta incomprensión radica en dilucidar la razón por la cual deben sufrir. Tal como señala Fabro, la solución se debe buscar, en primera instancia, en el pasaje bíblico de la matanza de los inocentes; allí algunos ven la prueba irrefutable de que Dios no existe, al cuestionar por qué Dios permite que mueran niños inocentes mientras salva milagrosamente a su Hijo, cuando podría haberlos salvado a todos (9). Luego, Fabro otorga una respuesta posible: “¿Qué explicación razonable podemos dar? La solución y explicación es que Cristo no tuvo la culpa de la muerte de los inocentes; la culpa fue de la crueldad del rey” (11). Por otra parte, estos inocentes tuvieron su ganancia: “Ellos recibieron -y es la solución final que da Crisóstomo- un gran premio y no un castigo llegando `...rápidamente al puerto sin tormentas´. Y se trata de un premio mucho más grande que si hubiesen vivido” (11). Además, estas muertes participan de una dinámica de salvación:

Ella [la tragedia de estos inocentes] fue causada por la crueldad de los hombres y permitida por Dios, quien ha permitido que su propio Hijo muriese en la Cruz no sólo por la malicia de los hombres sino abandonado por su mismo Padre (Mt 27,46). La única respuesta, y la más profunda, permanece en el terreno de la *economia salutis*, como misterio escondido en Dios, según el cual toca a los justos y a los inocentes expiar las culpas de los pecadores. Pero esto seguirá siendo un misterio (12).

Lo anterior es fundamento de la “comunidad de los santos” según la cual, unidos a Cristo, que es la Cabeza, los fieles participamos y nos beneficiamos de los bienes espirituales de Cristo y de los bienes espirituales de unos a otros.

Más allá de esto, persiste la pregunta sobre por qué Dios permite que los inocentes sufran y no lo evita y al mismo tiempo, interviene de manera extraordinaria para librar a su Hijo Jesucristo de las manos de Herodes. La respuesta es un misterio, al que podemos aproximarnos de esta manera:

Ellos recibieron -y es la solución final que da Crisóstomo- un gran premio mucho más grande que si hubiesen vivido “...con mayor razón no hubiera dejado que éstos perecieran así, de haber Dios previsto que habrían de realizar grandes cosas en su vida”. Su explicación fue puesta en un contexto decididamente teológico. Pero queda igualmente todo el dolor de la tragedia y no se encuentra otra compensación o castigo, si así se puede hablar, más que el horroroso fin que le tocó al cruel Herodes (11).

Es decir, la gran misión de Cristo, como la de muchos grandes santos y santas, ha merecido que Dios lo libere de la muerte y de los peligros en muchas etapas de su vida, hasta concluir su misión. Pero para quien infringe dolor, sufrimiento y muerte de

manera voluntaria, Dios en su infinita justicia también permite la expiación o el castigo por sus malas obras.

Causas del sufrimiento

Existen diversas causas del sufrimiento, algunas voluntarias y otras ajenas a la voluntad. Dentro de las primeras, encontramos el mal uso de la libertad que daña o el buen uso de la libertad que carga el dolor de otros al aliviarlos y atenderlos; dentro de las segundas, están su naturaleza frágil e imperfecta o las fuerzas de la naturaleza.

Cuatro causas

Son muchas las causas o agentes que causan sufrimiento en la vida humana, Monge (2001) nos habla de cuatro:

- Los sufrimientos que son consecuencia de nuestra propia naturaleza, tales como las enfermedades y discapacidades, la debilidad física, los achaques de la edad, etc.
- Los que tiene su origen en desastres o fenómenos de la naturaleza como terremotos, avalanchas de nieve, inundaciones, huracanes, incendios, sequías, o desastres cósmicos como los impactos de los asteroides, etc.
- Otros son causados por el mal uso que el hombre hace de su libertad consigo o con los demás: violencias, torturas, genocidios, terrorismo, drogas, guerras, etc.
- Finalmente, los sufrimientos que proceden de la entrega y servicio a los demás: las madres o padres que soportan privaciones, trabajos y desvelos por sus hijos; los profesionistas que arriesgan su vida y salud o hacen grandes sacrificios por atender a los demás: médicos, enfermeras, socorristas, rescatistas, sacerdotes, policías, etc.
- Pero estas cuatro causas del sufrimiento se pueden reducir de manera simplificada en dos: el sufrimiento que –como ley de vida- está grabado en el corazón de la naturaleza del mundo físico y de la naturaleza humana; y el sufrimiento que los hombres vamos añadiendo día a día con nuestro egoísmo (12-13).

¿Puede considerarse el mal físico como un castigo de Dios?

La respuesta no puede ser ni afirmativa, ni negativa de forma absoluta. Seguimos a Aurelio Fernández (1999) para explicar el hecho de que Dios creador y Padre amoroso apuesta siempre por el bien del hombre, por lo que los males, no deben imputarse como un castigo divino, sin más. Por una parte, consta en el Antiguo Testamento que Dios anuncia graves castigos a los hombres por sus faltas, lo mismo cuando Adán peca (*Gn* 3, 14-17); cuando Caín asesina a su hermano y Dios lo sanciona con asumir las consecuencias de su homicidio (*Gn* 4,9-16); o en el diluvio Universal como castigo por la maldad de los hombres (*Gn* 6, 1-12); o la confusión y dispersión de los hombres que se alejan de Dios y construyen la Torre de Babel (*Gn*11, 1-9); o los anuncios de los Profetas que junto con las promesas del futuro Mesías, anuncian también los castigos al pueblo de Israel por apartarse de Dios; o cuando María, la hermana de Moisés, contrae la lepra por murmurar contra la misión divina de Moisés (*Nm* 12, 1-10); o el fuego bajado del cielo que acabó con 250 israelitas que habían ofrecido incienso a los Dioses

paganos (*Nm* 16, 35). Y en el Nuevo Testamento Jesús advierte: "...tales no entrarán en el reino de los cielos" (*Mt* 25, 12.30. 41); "...allí será el llanto y el rechinar de dientes" (*Mt* 24, 51; 25, 30).

Los casos anteriores, vistos fuera del contexto global de la Historia de la Salvación y de las Sagradas Escrituras originaron esta "pedagogía del castigo" según la cual *todos los males* que se padecen se deben a un castigo de Dios por pecados cometidos. Sin embargo, esta falsa creencia queda negada por la Biblia, con su ejemplo más gráfico del Antiguo Testamento en la historia de Job, que siendo inocente sufre lo indecible, y ya en el Nuevo Testamento se narra la curación del ciego de nacimiento, donde Jesús deja claro ante los discípulos que le preguntan: "¿Quién pecó; éste o sus padres?", que: "Ni pecó éste ni sus padres", y señala la razón de la ceguera: "Para que se manifiesten en él las obras del que me envió" (*Jn* 9). Sin embargo, el ejemplo cumbre es el de la misma personas de Jesús que siendo el más inocente de los hombres sufre la pasión y muerte de cruz por amor a los hombres y declara que: "Nadie demuestra más amor que aquel que da la vida por sus amigos" (*Jn* 15,13). Esto nos da la clave del dolor con un fin redentor y no sólo de expiación de culpas, que más que un castigo, puede llegar a ser un signo de predilección (*1 Co* 12, 9; *Ef* 3, 13).

Por lo que se concluye, continúa Fernández, que la auténtica pedagogía cristiana acerca del dolor y el sufrimiento es que unas veces son permitidos por Dios "como lo hace un buen padre: para la corrección del hijo" (*Hb* 12, 4-13). Se rechaza, además, la visión protestante bastante extendida de que el sufrimiento y el dolor en esta vida son los castigos Divinos, pues dejan de lado la misericordia y amor Divinos según los cuales "los castigos divinos en esta vida no son vindicativos, sino medicinales, o sea, que buscan la mejora del hombre". Y que en otras ocasiones no son "castigos" porque no hay error que enmendar, sino que pueden "considerarse como una "gracia" de Dios y consecuentemente, "la pregunta no debe ser ¿qué he hecho yo para que Dios me castigue así?, sino esta otra: ¿qué querrá Dios de mí en esta prueba?" (108-111).

El sentido del sufrimiento

Ante la pregunta por la causa del dolor y el sufrimiento, responde de manera magistral San Juan Pablo II (2001):

Dentro de cada sufrimiento experimentado por el hombre, y también en lo profundo del mundo del sufrimiento, aparece inevitablemente *la pregunta: ¿por qué?* Es una pregunta acerca de la causa, la razón; una pregunta acerca de la finalidad (para qué); en definitiva, acerca del sentido [...] Pero para poder percibir la verdadera respuesta al "por qué" del sufrimiento, tenemos que volver nuestra mirada a la revelación del amor divino, fuente última del sentido de todo lo existente. El amor es también la fuente más rica sobre el sentido del sufrimiento, que es siempre un misterio; [...] la respuesta a la pregunta [...] en la cruz de Jesucristo (13, 20-21).

El sentido del sufrimiento y los planes de Dios:

Pero si todo lo que Dios crea es bueno, y no puede ser de otra manera, ¿dónde entra el sufrimiento y el dolor en sus planes?

En cualquier caso hay que decir que el dolor está ahí, presente en toda vida humana; con visión teológica se puede decir que "el dolor entra en los planes de Dios. Esa es la realidad aunque nos cueste entenderla" (Escrivá 1996: n. 168).

Partimos de un hecho claro: el sufrimiento no es bueno en sí mismo; en sí es un mal. Por eso hay una tendencia instintiva a rechazarlo, incluso en personas creyentes. [...] Pero eso no significa que no tenga sentido. “El sufrimiento siempre es malo. Pero es una experiencia mala en la que se puede vivir algo positivo. El sufrimiento se me ofrece como posibilidad. Soy yo quien ha de decidir qué voy a ser, qué voy a vivir en el interior de esa experiencia dolorosa. Un sufrimiento que no es vivido interiormente queda en un hecho bruto que no contribuirá a construir mi vida, y que puede, por el contrario, destruirla” (Al servicio de una vida más humana, o.c. n, 52) (Monge 1997: 9-10).

Finalidades del dolor

Sin pretender dar una respuesta absoluta ante el misterio, se exponen a continuación algunas razones, a la luz de la revelación y de la fe, para dar tranquilidad ante el dolor y la muerte:

- Dios permite el dolor en vista de un bien: no hay que olvidar que “no hemos sido hechos para la tierra, sino para el cielo; no para el tiempo, sino para la eternidad”.
- La conservación de las fuentes del dolor es un bien mayor que su supresión: “Si Dios nos quitara la libertad, no podríamos pecar y nos ahorraríamos un cúmulo de sufrimientos; pero tampoco podríamos merecer el cielo”.
- El dolor despierta: “El dolor es el megáfono que Dios utiliza para despertar a un mundo de sordos” (C. S. Lewis), ensordecido por la voz omnipotente de la diosa Ciencia y por los gritos seductores de la diosa Placer.
- El dolor es timbre de alarma que nos avisa del peligro: nos avisa de males físicos y enfermedades, que gracias a su diagnóstico pueden ser tratadas oportunamente.
- El dolor es una fuente de alegrías: la dificultad, la contradicción y la desventura nos hacen apreciar mejor las alegrías de la victoria del triunfo, tal como un alpinista al llegar a la cumbre.
- Permite dar frutos espirituales: “Si el grano de trigo cae en tierra y muere, permanece infecundo; pero si muere llevará mucho fruto” (Jn 12, 24).
- El dolor es inspirador del arte: las más bellas producciones de literatura y del arte se han inspirado en las grandes tragedias de la vida.
- El dolor y la perfección moral: “Si la perfección moral es el bien más sublime y hermoso, no hay esfuerzo ni dolor que no deba aceptarse con gozo para conquistarla, conservarla o aumentarla. [...] Tal es el papel del dolor. Es un gran medio de expiación de nuestras culpas pasadas y de prevención contra las futuras, un gran medio de elevación moral.”
- El dolor nos retorna a Dios: sólo cuando se derrumban nuestros ídolos y nuestros recursos humanos no son suficientes para salir adelante, la oración brota espontánea de nuestros labios y nuestro corazón y volvemos a nuestro Padre del cielo. Con las alas del dolor, el alma se remonta de nuevo a Dios.
- El dolor destruye la pretensión de la autosuficiencia. Descubre, entonces, que necesita de otros.
- El dolor despierta a la trascendencia, a salir del yo, y descubre que otros que sufren necesitan de él.
- El dolor nos recuerda que esta vida no es la vida: “Cuando el mundo nos sonrío nos olvidamos del cielo. [...] Si el hombre no tuviera nunca nada que sufrir, se haría terreno y se olvidaría del cielo”.

- El dolor nos asocia a la obra redentora: No es un castigo sino una prueba de amor y predilección que Dios nos permita asociarnos a la obra redentora uniendo nuestros sufrimientos a los de Cristo en la cruz (Royo Marín 17-31; Monge 2012: 45; Manglano 29-30).

Para el cristiano, especialmente para los enfermos, el sufrimiento es materia prima de redención; es una fuente de riquezas para la Iglesia y, desde luego, para la persona del que sufre y ofrece con amor ese sufrimiento. La Iglesia enseña que hay que ofrecer el propio sufrimiento y hacer el bien al que sufre, aliviándolo o consolándolo. Así lo afirma Monge (2012), citando diferentes pasajes de San Juan Pablo II:

Entre el cristiano que sufre y la Pasión de Cristo existe una relación muy estrecha. Por eso, se puede afirmar que el sufrimiento, cuando es aceptado y ofrecido a Dios, se convierte en fuente de beneficios espirituales para toda la humanidad. Nada más ser elegido papa, Juan Pablo II acudió al Policlínico Gemelli a visitar a un amigo enfermo, el cardenal Deskur. Allí dijo: “Vosotros, los enfermos, sois muy poderosos, como Jesucristo en la Cruz. Me encomiendo a vuestras oraciones... Quiero que mi ministerio papal se apoye en los que sufren” [Juan Pablo II, Alocución, 17 de octubre de 1978]

Con diferentes palabras lo repitió muchas veces. “Con sus sufrimientos y muerte, Jesús tomó sobre sí todo el sufrimiento humano, confiriéndole un valor nuevo. De hecho, Él llama a todo enfermo, a toda persona que sufre, a colaborar con Él en la obra de la salvación del mundo. Por eso, el dolor y el sufrimiento no se soportan a solas ni en vano. Aunque resulte difícil comprender el sufrimiento, Jesús ha aclarado que este valor está vinculado a su mismo sacrificio. En otras palabras, con vuestros sufrimientos ayudáis a Jesús en su obra de salvación... Vuestra llamada requiere fe fuerte y paciencia. Sí, esto quiere decir que estáis llamados al amor con una intensidad particular... ¡Ánimo, pues, queridos enfermos! Sois los primeros en la obra misionera de la Iglesia”. [Juan Pablo II, Alocución, 17 de octubre de 1979]

¡Cómo alegra comprobar la existencia de tantos enfermos que hacen suyas estas enseñanzas! Por lo demás, es la predicación constante de la Iglesia: “Cristo al mismo tiempo ha enseñado al hombre a hacer bien con el sufrimiento y a hacer bien al que sufre. Bajo ese doble aspecto ha manifestado cabalmente el sentido del sufrimiento” [Juan Pablo II, Carta Apostólica Salvifici Doloris n. 39] (2012: 69-70).

Cómo asumir el sufrimiento

Algunas sugerencias para asumir de forma fructífera y cristiana el sufrimiento podrían ser las siguientes, siguiendo a Monge (2012):

- Prevenir, aliviar y eliminar el dolor, cuando esto es posible: “El dolor físico, cuando se puede quitar, se quita. ¡Bastantes sufrimientos hay en la vida! Y cuando no se puede quitar, se ofrece” (San Josemaría Escrivá).
- Eliminar el sufrimiento engendrado por el mismo individuo, por su manera equivocada de vivir o por sus pecados.
- Aceptar el dolor y sufrimiento como parte de nuestra condición de criaturas y reconocer la oportunidad que Dios nos da de que ese dolor y sufrimiento sean fructíferos, preguntándonos ¿qué puedo hacer con esta circunstancia? Y ¿qué espera Dios de mí en esta situación?
- Evitar actitudes que, siendo explicables, por lo general intensifican todavía más el sufrimiento y pueden llevar a la desesperación, por ejemplo: la

rebeldía que protesta de forma airada contra Dios y los demás; el aislamiento que impide a otros brindarle algún alivio; o el victimismo que culpa a los demás de sus sufrimientos y se siente maltratado por ellos.

- No perder el optimismo ni el deseo de curarse ya que son compatibles con el abandono en Dios: “Si es posible que pase de mí este cáliz, pero que no haga mi voluntad sino la tuya”.
- Llenar el sufrimiento con amor: asumir el dolor, a imitación de Cristo, como una oportunidad para mostrar su abandono total en el Padre, y su amor a los hombres.
- Acompañar, escuchar, comprender y acoger al enfermo y al que sufre, con caridad y con paciencia.
- Aceptarlo como un medio de purificación y de expiación de los propios pecados.
- Orar ante la enfermedad y hacer del sufrimiento una oración (51-80).

La respuesta al dolor: los sufrimientos de Cristo

Pero a pesar de todos los razonamientos humanos sobre la conveniencia del dolor y sufrimiento, la única respuesta posible la encontramos en la contemplación del misterio de la Cruz, la única respuesta al misterio del sufrimiento está en otro misterio, la Cruz de Cristo:

...el cristiano tiene una “clave” de interpretación del dolor: la Cruz. En efecto, desde que Jesucristo asume todos los dolores físicos y morales imaginables y muere crucificado, el creyente debe cambiar el sentido de la pregunta: ya no cuestiona ¿por qué Dios permite el dolor?, sino que la formula así: ¿Qué querrá Dios de mí en esta circunstancia dolorosa? Pues el creyente en Cristo tiene a la vista que, en los planes ocultos de Dios, el sufrimiento goza de especial valor, dado que Dios hecho hombre asume como valor redentivo el sufrimiento y la muerte dolorosa en la Cruz (Fernández 1999: 106-107).

Conclusiones

Si bien el origen del sufrimiento y de la muerte, está en el pecado original y en nuestro mal uso de la libertad, no obstante, tiene sentido y utilidad, porque Dios saca bienes de males. Para que cooperemos con él en el plan de salvación, incluye el dolor y el sufrimiento como materia prima.

Sin embargo, el sufrimiento es un misterio, en especial cuando hiere a los inocentes. Por eso, sólo podemos confiar en que Dios permite el mal en vista de un bien mayor, que es un Dios justo y amoroso que compensará con creces a aquellos que sufren por amor a él y que aceptan ser otros Cirineos, que ayudan a Cristo a cargar la cruz de la redención.

Algunos bienes que obtenemos a partir del sufrimiento y el dolor son los siguientes:

- Es una alarma interna que nos avisa cuando algo va mal en nuestro cuerpo (enfermedad, contusiones, afecciones, que deben ser curadas o mitigadas) o en nuestra alma (un mal comportamiento que nos hace sufrir y con ello nos mueve al arrepentimiento y a la reparación de la falta, a fin de recobrar la paz).

- Nos humaniza: nos hace sensibles ante el sufrimiento de los demás, nos despierta de nuestra indiferencia y nos mueve a la solidaridad que se preocupa por curar y remediar, por consolar y aliviar los sufrimientos del prójimo.
- Es fuente de aprendizaje y deseo de superación. Las carencias, sufrimientos y limitaciones de nuestra vida nos enseñan a tener paciencia, a aprender de nuestros errores para evitar repetirlos y a poner los medios para superar la adversidad. Los pequeños sufrimientos son un entrenamiento para las grandes pruebas por las que pasaremos.
- Es un medio de redención y corredención. De redención porque mediante el sufrimiento Cristo nos rescató de la muerte y nos invita a aceptarlo y ofrecerlo como un medio de purificación de nuestras culpas; y es un medio corredentor porque la invitación de Cristo no es sólo para expiar las propias culpas y ayudarnos en el camino de la salvación personal, sino que se extiende a la expiación y ayuda en la salvación del prójimo si unimos ese ofrecimiento a los méritos de Cristo en la Cruz, de acuerdo a la doctrina de la comunión de los santos.
- Es un medio de santificación y perfeccionamiento, porque el sufrimiento nos hace humildes, nos saca de nuestra autosuficiencia y nos vuelve a Dios, y porque la virtud se forja en el esfuerzo y en la renuncia al propio egoísmo, que nos hacen sufrir a la vez que nos hacen mejorar, y porque nos hacen crecer en el amor a Dios y al prójimo: “No hay mayor amor que aquel que da la vida por los que ama” (Jn 15:13).

Ante el dolor y el sufrimiento, el cristiano encuentra sentido al preguntarse por el sentido del dolor (¿para qué?) y no la causa (¿por qué?). La causa puede no ser clara en esta vida, pero el sentido sí lo podemos encontrar o decidir. La actitud del cristiano ante esta realidad que nos cuestiona es doble: busca curar o aliviar el dolor y sufrimiento, cuando esto es posible, teniendo por modelo a Cristo “médico de cuerpo y alma”; y por otro lado, ofrecerlo como una oblación de nuestra vida con sus alegrías y tristezas, con sus logros y tropiezos, y muy en especial con su sufrimiento. Este ofrecimiento acepta la voluntad de Dios, conforme a las palabras de Cristo en el huerto de los Olivos: “Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22:42); y a la vez pide y confía en que Él le dará la fuerza: “Si Dios te da la carga, Dios te da la fuerza” (Escrivá 1996: 325).

BIBLIOGRAFIA

- Bermejo, José Carlos (1999). *Humanizar el encuentro con el sufrimiento*. Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Escrivá, José María (1996). *Camino/Surco/Forja*. Madrid: Rialp
- Fabro, Cornelio (Sin año). *Dios y el misterio del mal*. (Traducción del italiano realizada por el R.P. Lic. Elvio Fontana, V. E.). Biblioteca electrónica UFASTA.
- Fernández, Aurelio (1999). *En qué creemos los cristianos*. Madrid: Palabra.
- Iglesia Católica (2011). *Catecismo de la Iglesia Católica*. 2da. ed. Vaticano: Librería Editrice Vaticana.
- Instituto Mexicano de Tanatología (2006). *¿Cómo enfrentar la muerte? Tanatología*. México: Trillas.
- Juan Pablo II (2001). *El sentido cristiano del sufrimiento humano. Carta apostólica Salvifici doloris*, 13ª edición. México: San Pablo.
- Lewis, C.S. (2010). *El problema del dolor*. Madrid: RIALP.
- Manglano, José Pedro (2001). *¿Se puede aprender a sufrir? Cavilaciones y desahogos de un intruso*, Colección Preguntas y experiencias No 4. Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Monge, Miguel Ángel (1997). *El sufrimiento en la enfermedad*. folletos mc, No 655. Madrid: Palabra.
- Monge, Miguel Ángel (2012). *Una luz sobre el sufrimiento y la muerte*. Pamplona: EUNSA.
- Monge, Miguel Ángel y León, José Luis (2001). *El sentido del sufrimiento*. Madrid: Palabra.
- Ramos, Alejandro y Matías Zubiría (2010). *Módulo de Estudio, Antropología Teológica: capítulo 5 El misterio del mal*. Mar del Plata: Universidad FASTA.
- Royo Marín, Antonio (2010). *Nada te turbe, nada te espante*, Cuadernos Palabra No. 80. Madrid: Palabra.
- Ugarte Corcuera, Francisco (2010). *El camino de la felicidad*. México: Panorama.
- Vilar y Planas de Farnés, Johannes (1998). *Antropología del dolor. Sombras que son luz*. Pamplona: EUNSA.